

## El misterio desconcertante del alma inglesa.

«¿Tiene un alma militar, tiene un alma guerrera este pueblo?», nos preguntamos a cada momento desde que comenzó la guerra. Y a medida que más observamos sus costumbres, sus leyes, su carácter, su mentalidad, más contradictorias son las respuestas que nos hacemos. Naturalmente, si el tipo del militarismo perfecto es el prusiano, puede decirse, sin temor de equivocarse: «No, los ingleses no son militares.» Para una raza individualmente orgullosa e instintivamente libre, una disciplina como la que soportan los alemanes sería el más insoponible de los escarnios. No se necesita siquiera un estudio muy hondo de Psicología comparada para descubrir la oposición irreconciliable que existe entre la virtudes germánicas y las virtudes británicas desde el punto de vista de las armas. El valor mismo de los dos ejércitos que ahora luchan en las llanuras de Flandes es, no sólo diferente, sino opuesto. Aunque parezca una paradoja, puede decirse que el heroísmo de las tropas prusianas, ese magnífico heroísmo que en las batallas llega a grandezas de holocausto, está compuesto de timideces. Ved a los reclutas que aprenden las maniobras: todos ellos tiemblan, todos ellos atienden, espantados, a los gritos del jefe, en todos ellos el rostro denota el terror y la humildad. Cuando el duro puño del que manda cae

sobre la cabeza de uno de los bisoños, los demás, lejos de indignarse, se inmovilizan en la más impasible postura, convencidos de que no hay en el mundo nada tan natural como la brutalidad del divino *feldwebel*. Y si de un grupo de soldados pasamos a contemplar el ejército entero, el país entero, encontramos siempre el mismo terror domado por la misma fuerza. Los hombres de raza latina que viven en Berlín, en Hamburgo, en Colonia, no logran nunca explicarse que en un pueblo de guerreros, el arrojarse personal sea tan raro. Injuriamos a un alemán aislado, en efecto, y pocas veces lo encontraremos dispuesto a contestar con violencia a vuestro ataque. Hay una frase que, vista a la luz de la Historia, parece una simple expresión de hipocresía, y que contiene, no obstante, una verdad absoluta: «Nosotros — dicen los súbditos del Káiser — somos pacíficos, no buscamos pleitos como los franceses, como los españoles; no somos ni quijotescos ni cyranescos.» Y es cierto. Cada uno de ellos aparte, es un ser apacible. El Imperio entero es el que resulta belicoso. En cambio, en Inglaterra pasa lo contrario. Un inglés, un escocés, un irlandés, tiene en la sangre fermentos batalladores que lo llevan al cultivo de ejercicios físicos en los cuales hay algo de lucha y de peligro. Una disputa en un *bar*, en Londres, no termina en largos discursos, como en Berlín, sino que conduce inevitablemente al pugilato. La *self defensa* del ciudadano británico, que confía en su propia bravura y en su propia fuerza para hacerse respetar, es una institución sagrada, casi un rito místico. Sin penacho, sin garbo, sin insolencia, esos hombres rubios y flemáticos están siempre dispuestos a arriesgar su vida por defender su honra o su tranquilidad. ¡Y ay del que trata de ofenderlos! Aun los más humildes reclutas, al instruirse bajo las

órdenes de sargentos graves y fríos, conservan un aire de nobleza y de orgullo personal que hace imposible el empleo de la violencia en quienes los mandan. ¿Habéis oído hablar nunca de malos tratos en los cuarteles de la Gran Bretaña?... ¿Tenéis noticias de oficiales británicos armados de látigos para conducir sus tropas?... Hace un minuto veíamos maniobrar en el patio de una granja a un grupo de Tommys adolescentes, guiados por un cabo atlético. Las órdenes eran breves, los movimientos secos, el conjunto armonioso. Sin embargo, dos o tres novatos empeñábanse en no comprender las voces del mando. El cabo acercábase a cada uno de ellos y les hacía observaciones que provocaban sonrisas y no terror.

— Sin embargo — observan los estrategas —, un regimiento alemán es una máquina de guerra más terrible que un regimiento inglés. ¿Os explicáis eso vosotros, que admiráis a los ingleses y desdeñáis a los alemanes?...

Lo que yo no me explico es el «sin embargo». Porque para formar ejércitos cuya disciplina se parezca a la esclavitud, una raza de hombres conscientes de su dignidad resultará siempre inapta. Leed, por ejemplo, el siguiente telegrama de Calais, y decid si sería posible que el Estado Mayor del general Douglas Haig procediera del mismo modo con sus regimientos de Tommys:

«Lors des derniers combats près de Saint-Eloi les soldats allemands ont été obligés d'attaquer baïonnette au canon; derrière eux on avait placé une ligne d'hommes qui avaient reçu l'ordre de tirer sur ceux qui tenteraient de reculer; de autre part, les malades sont trités sans la moindre consideration.»

No; a los ingleses no se les podría tratar así, no se les podría *disciplinar* así. Y por eso repito que si el tipo del militar perfecto es el alemán, Inglaterra no es, no ha

sido, no será nunca un país militar. Pero, por fortuna, no sólo el sistema prusiano da grandes resultados de triunfo en el mundo. Los mismos críticos de Berlín confiesan ya que el ejército francés es una maravillosa máquina guerrera, y bien sabemos, no obstante, que en Francia el soldado es un ciudadano libre, digno y consciente, a quien nadie maltrata. Abandonemos, pues, las comparaciones y preguntémonos de nuevo: ¿Tiene Inglaterra un alma guerrera?

\*  
\* \*

— Para comprender nuestro modo de ser actual — dicen los ingleses — es necesario conocer a fondo nuestro carácter nacional.

Y luego, con la perpetua contradicción de todo lo relativo a esta raza, agregan:

— Sólo que tal cosa resulta casi imposible...

Y, a fe mía, en esto por lo menos, no deben engañarnos, puesto que hasta Kipling confiesa que no es fácil ahondar en el arcano de la mentalidad y de la sensibilidad de sus compatriotas. «Si nos es difícil analizar a los franceses — escribe, en efecto, el autor de *Kim* —, mucho más difícil es para los franceses analizarnos a nosotros. Yo no los censuro. ¿Habéis olvidado a nuestros propios paisanos hablando de nuestros asuntos graves de abril último? Lo único que decían, era: «Twas damned unhealty.» Así somos todos: tan desarticulados como cuando acabábamos de nacer.» Este *desarticulamiento* moral, que no existe en tan alto grado en ningún otro pueblo, los ingleses tratan de ocultarlo con una máscara de uniformidad y de silencio. Observad super-

ficialmente a Inglaterra, y os figuraréis encontraros ante un verdadero rebaño de seres de sangre pura y de espíritu automático. Todos los hombres se afeitan del mismo modo; todos guardan el mismo silencio; todos se visten con el mismo traje; todos toman te a hora fija. Hasta sus hogares son iguales, y el que aseguró que en la Gran Bretaña no hay más que una casa reproducida a millones de ejemplares, no se equivocó mucho. Llamemos a esto disciplina instintiva o llamémoslo espíritu rutinario, poco importa. La aparente monotonía británica es un hecho. Pero cuando tratamos de edificar hipótesis filosóficas sobre la base de esta monotonía, nos encontramos con sorpresas inauditas. Escojamos, por ejemplo, el caso de Bernard Shaw. ¿En cuál de los países empeñados en la terrible contienda hubiera un escritor ilustre podido hablar como este gran hacedor de paradojas? Por colocarse *por encima del conflicto* y por tratar de razonar con frío patriotismo, Romain Roland se ha convertido, a pesar de la libertad de espíritu del pueblo francés, en un símbolo de las más odiosas traiciones morales. En cambio, Bernard Shaw, cuyo famoso folleto es una defensa de Alemania y un ataque contra Inglaterra, sigue siendo estimado, respetado y admirado en su patria. «Cada uno es libre de expresar sus ideas», dice la gente de Londres. Y uno lo cree sin dificultad. Pero luego recordamos que por haber pronunciado el nombre de Oscar Wilde en un salón, un ilustre pintor americano fué expulsado de lo que se llama *la buena sociedad* londinense. Y entonces, una vez más, tenemos que preguntarnos dónde se encuentran las articulaciones psicológicas de este pueblo.

\*  
\* \*

El único sentimiento que aparece de un modo claro en el alma colectiva de Inglaterra, es el de la caballerosidad. En efecto, durante las dos semanas que ha durado nuestra excursión, y en las cuales hemos tenido oportunidad de tratar con militares, con marinos, con periodistas, con hombres políticos y hasta con gente de baja laya, no hemos oído una sola frase contra los alemanes en general. Sin duda, cuando hablan de ellos, dicen siempre los *boches*; pero en sus labios esta palabra despójase de lo que en su origen tiene de dura, de rencorosa, y se convierte, gracias al acento británico, en un término familiar, desdeñoso e irónico. Los *boches* son, en principio, los grandes bárbaros que han deshonorado la guerra con sus crueldades inútiles, con sus balas explosivas, con sus invenciones diabólicas. Eso nadie lo niega cuando llega el caso de hacer el proceso moral del conflicto. Sólo que en su desamor de las frases, de los discursos, de las indignaciones, los hombres de kaki parecen huir de tal tema, con el mismo escrúpulo de sencillez con que huyen de los motivos orquestales del patriotismo, del honor nacional y de la gloria colectiva. «¿Para qué repetir lo que nadie ignora?», piensan. Y en la conversación, que nunca llega hasta las ideas generales, y que se mantiene en las anécdotas, en las observaciones menudas, en los relatos episódicos, el tono es tan suave, tan justo, tan mesurado, que muy a menudo los beligerantes parecemos nosotros, con nuestros entusiasmos y nuestras pasiones, y ellos los neutrales.

Hace poco, examinando los libros que componen la biblioteca del Estado Mayor que nos aloja, encontré, entre obras de historiadores franceses y de cronistas ingleses, dos o tres tomos alemanes consagrados a celebrar el *Deutschland über alles...* «Sin duda — me dije —,

nuestros oficiales no han notado que estos son cantos germánicos en los cuales suena a cada instante el grito de *Gott straffe England.*» Y llamando al capitán Roberts, le señalé aquellas obras.

— Sí — murmuró hojeándolas —, sí... Esto le extraña a usted como les extraña a los franceses que vienen a visitarnos... Nosotros creemos que es preciso leerlo todo para saber lo que piensa el enemigo... Hay cosas muy interesantes y muy instructivas en los libros de tal índole... Tal vez hacemos mal en ser así... Así hemos sido siempre, no obstante... Los héroes más venerados entre nosotros son nuestros mayores adversarios, Juana de Arco y Napoleón...

— Eso se llama espíritu caballeresco — le contesté.

— No; eso es *fair plai*...

\*  
\*\*

*Fair plai*, franco juego, juego leal, juego sin saña, juego noble, eso es, sin disputa, para los ingleses la guerra. Los psicólogos lo atribuyen a la influencia de las prácticas deportivas, en las cuales la mayor violencia va unida a la más tranquila corrección. Pero yo creo que, por el contrario, si el *sport*, en Inglaterra, puede llegar hasta la sangre, sin que la hiel asome a los ojos, es por la herencia de sentimientos guerreros, que parecen aprendidos en los poemas homéricos. Héctor, gritando a su rival: «¡Oh! Amigo, prepárate a morir o a darme la muerte», es un héroe que se encuentra a cada paso en el curso de la historia británica. Los eruditos han demostrado que el famoso *tirez les premiers, messieurs*, no fué dicho por los franceses, sino por los ingleses. Ingleses fueron también aquellos caballeros del sitio de Calais

que, pasando por encima del respeto que debían a la voluntad de su soberano, opusieron a que los burgueses de la ciudad fueran ajusticiados, y de tal modo hablaron y con tanta elocuencia celebraron el heroísmo de sus enemigos, que consiguieron lo que la idea de justicia les dictaba. Inglés, asimismo, gran barón de Inglaterra, fué el temerario y suave Burghersch, que, pudiendo enterrar bajo los escombros del castillo de Courmicy a Henry de Vaux, llamólo aparte, y, en un discurso lleno de ternura, le hizo comprender cuán vano sería el sacrificio de su vida y de las de sus compañeros... Y más inglés que todos fué el príncipe de Gales, que, después de la batalla de Poitiers, teniendo prisionero al rey de Francia, arrodillóse ante él y le dijo: «Señor, yo creo que debéis regocijaros en vuestra alma, pues aunque habéis perdido la partida, nadie negará que en proezas y glorias acabáis de mostraros superior a todos nosotros...»

\*  
\*\*

Y como en los pueblos, lo mismo que en los individuos, las virtudes son incurables, los ingleses de hoy resultan, en punto a *fair play*, iguales a los ingleses de ayer. Poco importa que el adversario no se muestre digno de tan hidalgas maneras de ser. Un oficial, a quien yo le hablaba hace poco de las crueldades germánicas, contestábame:

— ¡Qué quiere usted que hagamos!... No porque los negros del África ecuatorial se coman a nuestros soldados que cogen prisioneros, nosotros nos hemos de comer a los negros que caen en nuestro poder...

Pero aún van más lejos en su generosidad caballeres-

ca, cuando declaran que no es justo hacer responsables a todos los alemanes de lo que han hecho algunos alemanes. En una carta de un capitán, publicada por John Buchan, encuentro estas líneas, que parecen escritas por un compañero de Burghersch: «Las matanzas de Bélgica que se refieren son espantosas; yo debo decir, sin embargo, que los enemigos que aquí luchan contra nosotros no hacen nada de eso, y pelean perfectamente; son altamente respetables.» Hay algo de *evangélico*, en el sentido protestante de la palabra, en esta mentalidad. Cada individuo, según Lutero, no es responsable sino de sí mismo. Para el que no ha pecado no puede haber castigo, aunque sus hermanos pequen. En cambio, para el pecador no debe haber perdón. Porque lo curioso, lo característico, es que, en el sistema inglés, la caballerosidad no va unida, como en la gentileza francesa, a la piedad. ¡Ah, no! Los espías, los saqueadores de aldeas, los matadores de heridos, lo saben. Ante la gendarmería de Joffre suelen encontrar, en cuanto existe algún escrúpulo de conciencia, la esperanza del perdón. Ante los oficiales de lord Kitchener, la horca está al fin del delito, sin escapatoria posible. Bayardo, después de encolerizarse, tiene lástima. Bartolomé de Burghersch no se enfada nunca; pero tampoco perdona nunca. Juego franco, sí; juego *de dupes*, no.

\*  
\*\*

En todo caso, juego, juego de azar, al mismo tiempo que de *sport*; juego de manos y juego de pies, más que de espíritu, eso es, indudablemente, la guerra para los ingleses. El ardor de los sentimientos que animan con fuego sublime y terrible al pueblo de Francia, resulta para ellos incomprensible. «Si hablaran de la gloria y

del honor, como los latinos—dice Chevrillon—, se producirían a sí mismos un efecto de actores.» Y es que, en realidad, por mucho que la Prensa de Londres se empeñe en hacer comprender al pueblo que en el caso actual se trata de una guerra por la independencia de la nación, nadie consigue meterse en la cabeza la idea peregrina de que la patria corre peligro.

— Nuestra desgracia — acaba de decirnos un oficial partidario del servicio militar obligatorio — consiste en no haber sido invadidos nunca, desde los tiempos fabulosos de Guillermo el Conquistador... Si hubiéramos sentido, como los alemanes o los franceses, la herida del enemigo en nuestro propio suelo, no pensaríamos ni sentiríamos del mismo modo. En una empresa formidable de lucha, lo más necesario es el odio... Nosotros no tenemos odios... Tampoco tenemos el otro resorte admirable, que se llama vanidad... No... No nos importa que se diga que los demás llegan más pronto que nosotros adonde quieren ir. Lo importante para nuestros principios es llegar nosotros también adonde nos lo proponemos, y de eso siempre estamos seguros... Acuérdesse usted de nuestros desastres del Transvaal... Otro pueblo se habría sentido humillado... Nosotros, no... Nosotros desconocemos los tormentos y los placeres del amor propio. Busque usted en las pupilas de nuestros soldados el reflejo de gloria o de pena que ilumina los ojos franceses después de un triunfo o de una derrota, y no los encontrará. Cuando ganan una batalla, están satisfechos cual si hubieran vencido en una paratida de *foot-ball*. Cuando la pierden, se consuelan con la convicción de que han peleado lo que han podido.

\*  
\*  
\*

Esta observación ya yo la había hecho más de una vez durante nuestras recientes correrías. Con la misma impasible tranquilidad, los oficiales nos dicen: «El día en que tomamos tal trinchera», que «El día en que nos arrebataron tales posiciones». El deber del soldado, para ellos, no es vencer, sino pelear. Y teniendo, como tienen, la idea de que el adversario es digno de respeto por su fuerza, por su arrojo, por su energía, no les ofende la desgracia. Al principio, ante los gases asfixiantes, un movimiento general de escándalo se produjo, lo mismo que en un *match* de *box* cuando uno de los campeones emplea un golpe incorrecto. Aquello no era *gentleman*. Pero en cuanto el Gobierno les dió las máscaras protectoras, no volvieron a pensar en el asunto y continuaron el combate, sin meterse a discutir sobre lo que existe de inhumano y de inicuo en los nuevos métodos del adversario. Desde el momento en que el *Starter* acepta el nuevo golpe, ya no hay que hablar. La imaginación, la sutileza, el espíritu observador no han sido nunca virtudes de británicos. Con una mentalidad tarda y uniforme, sin grandes curiosidades y sin gran fantasía, se someten a las leyes de la guerra, ni más ni menos que a las del *sport*. «No somos — escribe uno de ellos — sino buenos muchachos, honrados y sanos, y sólo pensamos en respetar la consigna, en tirar bien, en resistir a las fatigas, riendo o callando, según el humor y el momento, y luego, si es posible, en tomar un baño y en comer de un modo honorable.» Las palabras mismas tienen en labios de estos hombres un sentido que nosotros no entendemos. Lo *respetable* y lo *honorable* para ellos está muy a menudo en el traje y en la comida. Los sentimientos, en cambio, no necesitan calificativos. Una frase igual a la de «¡Arriba los muertos!»,

no la comprendería ningún Tommy. Tampoco comprendería las injurias contra los que están en la trinchera contraria. Hay una carta del capitán A. G. Reid, escrita en el hospital, en la que, después de contar de qué manera fué herido, agrega: «¡Era extraordinario aquel ataque alemán! Centenares de hombres reemplazaban a los que caían, y las filas se llenaban a medida que nuestra metralla las vaciaba como por encanto. Avanzaban y caían, y esta extraña marcha duró así horas. Así, cuando os digan que no son valientes, no lo creáis. Tal vez no saben resistir a las cargas a la bayoneta; pero bajo las balas se portan de tal modo que no es posible dejar de admirarlos.» Esta admiración tranquila, que no es, como la de otros pueblos, una especie de diploma que se otorga con orgullo al adversario, sino que representa de manera muy sencilla el reconocimiento de la verdad, la encontramos en los soldados lo mismo que en los oficiales, y en los paisanos como en los militares. Estimar al adversario, por odioso que sea, no resulta aquí, como en Francia, un pecado que hay necesidad de ocultar.

Ayer, a la hora del almuerzo, hablando de la batalla de Verdun, uno de nosotros se expresó en términos irónicos y denigrantes sobre las capacidades del Kronprinz. «¡Ah, ese príncipe de caricatura, ese príncipe siniestro y grotesco!...» Los oficiales que nos rodeaban no dijeron una sola palabra; pero lord D..., siempre muy fino, murmuró con suave naturalidad:

— El Kronprinz es padrino de mi hija.

Nada más.

Las relaciones espirituales, las relaciones intelectuales, las que Romain Rolland pone «por encima de la pelea», no están rotas para los ingleses. De lo que se

trata, según ellos, es de vencer, de obtener lo que el Gobierno ha dispuesto, de imponer la paz necesaria a los intereses de Europa, y no de destruir inútilmente, ni menos aún de injuriar.

\*  
\* \*

Verdad es que los periódicos no suelen ser tan discretos ni tan caballerescos en este punto y que la palabra *boche* en la pluma de ciertos polemistas toma un acento de odio y de desprecio. Pero Galsworthy, el más gran psicólogo inglés, dice: «No hay que juzgarnos por nuestra Prensa, que se halla en manos de periodistas que no son verdaderos ingleses, ingleses típicos, y que en general exagera.» En seguida agrega: «Tampoco hay que juzgarnos por nuestra literatura.» Y concluye asegurando que «el inglés propiamente dicho es incapaz de expresión y no se ha expresado nunca». Así, pues, el hombre que mejor ha definido a sus compatriotas, confiesa que es imposible definirlos. ¿Podemos los extranjeros abrigar la loca presunción de ver más claro? De ninguna manera. Pero tal vez por lo mismo que los contrastes nacionales nos sorprenden como fenómenos extraños, nos hallamos en mejores condiciones para hacerlos sentir. Fijémonos de nuevo en el tono de los que hablan de la guerra, y notaremos algo que a los ingleses no parece llamarles la atención. Me refiero a esa especie de desinterés sonriente con que todos los que no son reclutadores de voluntarios o apóstoles políticos, consideran las fases trágicas del conflicto. El mismo Wells, después de aceptar la idea de Norman Angel de que la guerra arruinará al vencedor como al vencido, abandona su lenguaje sibilino y, con gentil ironía, dice: «Eso

precisamente es lo único bueno que puede decirse de la lucha a que asistimos. Nada de lo que vale la pena, en la vida, es prácticamente recomendable: ni el amor, ni el cultivo del Arte, ni la honradez.» En Alemania, en Francia, en Italia, una respuesta idéntica, tratándose de un asunto de vital importancia para el porvenir, sería considerada como una salida de mal gusto. En Inglaterra, no. En Inglaterra la ironía conserva sus fueros aun en los momentos más dolorosos. Recordad, si no, el artículo de Wirlwind relativo a la catástrofe del *Lusitania*, y en el cual, después de examinar los métodos de defensa moral de los alemanes, aquel escritor concluye diciendo: «¿No veis acaso, ¡oh queridos profesores germanos!, que la riqueza misma de vuestro genio inventivo establece una duda sobre cada una de vuestras explicaciones sapientísimas? Si yo estuviera en vuestro caso, me habría contentado con expresar una gran verdad en la que está contenida la excusa de vuestro acto, y es a saber: que si habéis echado a pique el *Lusitania*, ha sido porque como nosotros pretendemos ser señores del mar, todo el mundo tiene derecho a echarnos al agua para colocarnos en nuestro verdadero reino.» En otros países, la seriedad es de rigor cuando se trata de asuntos trágicos en los cuales va envuelto el honor nacional y el orgullo guerrero. En Inglaterra, ni aun los que con mayor ardor cantan la epopeya actual, creen en la grandeza de la guerra y en la belleza de los sentimientos patrióticos. «Creo en la paz de todo corazón — escribe Galsworthy —; creo que la guerra es un crimen; odio el militarismo y odio la fuerza. Y desconfío terriblemente de lo que se llama el honor nacional.»

\*  
\*  
\*

De lo que también desconfían los psicólogos ingleses es del espíritu de iniciativa, del ingenio vivo y de la sensibilidad del pueblo inglés. Hay que leer el hermoso estudio de Galsworthy sobre el alma de sus compatriotas en los actuales instantes históricos, para ver la franqueza con que esta gente habla de sí misma. «Es muy difícil — dice — mover a un ciudadano de la Gran Bretaña. Conseguid moverlo, no obstante, y cuando los demás se hayan detenido, él seguirá moviéndose. Vive como un hombre práctico, no como un hombre de imaginación. Esto lo hace parecer, cuando se le considera filosóficamente, algo ridículo. En los negocios mismos, eso le hace daño al principio; pero luego le da una incalculable fuerza de resistencia. En parte por falta de sensibilidad nerviosa y de espiritualidad; en parte por su antipatía de los extremos y por hábito de esconder sus sentimientos, es el ejemplo vivo de la conservación de la energía. Es preciso vencerlo, lo que resulta muy ardua tarea. Absorbe las ideas muy lentamente y con gran disgusto; prefiere no imaginar nada y sólo se resigna a hacerlo por necesidad. La lentitud con que avanza es igual a la lentitud con que retrocede. En las circunstancias actuales, su carácter se adapta bien a lo que se necesita de su esfuerzo. Por lo mismo que carece de imaginación y de facultades expresivas, economiza sus nervios. Por lo mismo que huye de los extremos, economiza su energía de cuerpo y de alma. Que los hombres de todos los países están dotados de un heroísmo igual, lo vemos en la guerra actual. La victoria hay que esperarla de otras virtudes, dado el carácter de la lucha. El inglés no se analiza a sí mismo, no medita, no ve muy lejos, y tiene, en su seriedad, necesidad de un poco de broma. Estas son ventajas terribles y maravillo-

sas. Cuando comenzó la guerra, nuestros hombres se frotaron los ojos, nublados por el pacifismo. Aun se los frotan, aunque algo menos cada día... Hay que confesar con franqueza que nuestros compatriotas, privados del sentido de la luz y de la penumbra, vestidos con sus trajes oscuros y muy rígidos en sus posturas, no tienen nada de simpático. Pero en el lento trabajo de la guerra nueva, terrible y gris, los ingleses, poco imaginativos, humoristas, combativos, prácticos, enemigos de los extremos, optimistas, mudos y tenaces, están muy bien preparados para lograr la victoria.»

\*  
\* \*

He citado esta página que contiene la esencia de lo que Inglaterra piensa de sus virtudes y de sus defectos, porque en ella se encuentran explicados los misterios que más sorprenden a los pueblos latinos — y aun a los pueblos germánicos — en la conducta actual de la Gran Bretaña. Cuando nos preguntamos cómo es posible que un país que dispone de tres millones de soldados no ocupe aún sino unos cien kilómetros en un frente de cerca de mil kilómetros, lo único que olvidamos es el orgullo con que el pueblo entero habla de su lentitud. Cuando notamos el desinterés desdeñoso con que Tommy refiere sus propias hazañas, no nos damos cuenta de que hasta para apreciar la realidad es indispensable la imaginación sensitiva. Cuando nos asombramos de que al odio alemán se conteste con una especie de galantería halagadora, no pensamos en que todavía el libre ciudadano pacífico de Albión se está frotando los ojos sin darse una cuenta exacta de que la lucha actual no es

una campaña colonial, sino un duelo a muerte. Cuando nos sentimos desconcertados ante el tono ligero de los grandes escritores de Londres, en fin, perdemos de vista que, aun en la tragedia, este pueblo necesita algo que suene a *humour*.